

Sarmiento y Bello en Chile: tres cuestiones

Pablo Martínez Gramuglia
Universidad de Buenos Aires

Los escritores románticos que en Jena soñaron un modo nuevo de filosofar, que conjugase poesía (es decir, creación estética) y epifanía (es decir, deslumbramiento cognoscitivo), postulaban su concreción textual en una forma en prosa capaz de condensar el saber y promover su búsqueda: el fragmento. El ritual académico de congresos y jornadas nos tiene hechos a la enunciación varia, a veces con una cadencia que solo los cardinales que actúan como subtítulos instalan: uno, dos, tres. Habrán maliciado lo segundo más que lo primero al leer el título mezquino de esta ponencia: tres cuestiones; holgazanería intelectual que impide siquiera hilarlas en un único argumento. Podría ser peor: el vago “algunas cuestiones en...” o, por qué no, quince, veinte, treinta cuestiones. Podría ser mejor: acaso una promesa de conclusión.

1. La invención de la polémica de la lengua

Un “hábito escolar”, dice Julio Ramos, “nos ha llevado a concebir la relación entre Andrés Bello y D. F. Sarmiento en términos de una contradicción casi absoluta”, que contrapone “un Sarmiento romántico -pegado a la vida- a la figura ascética de Bello, guardián de la forma”.

La hoy llamada “polémica sobre la lengua” que tiene lugar en 1842 entre los dos inmigrantes al territorio chileno, es resultado, en buena medida, de una operación de los editores de las *Obras* de Sarmiento, Luis Montt primero, Augusto Belin Sarmiento en segundo lugar. En 1884, mientras el Congreso argentino disponía el financiamiento de la publicación de las obras completas, Montt publicaba la *Bibliografía de las publicaciones que hizo en Chile el señor Sarmiento*; al año siguiente iniciaba la colección que alcanzaría los siete tomos, interrumpida a la muerte del sanjuanino, pero llegó a incluir, en 1888, el tomo I, *Artículos críticos i literarios 1841-1842*¹. En ese tomo se incluye la sección “Primera polémica literaria” que cuenta con diez artículos publicados por Sarmiento entre el 27 de abril y el 30 de junio de 1842. A veces confundida o fundida con la discusión sostenida entre los mismos autores en relación con la ortografía de la lengua castellana en 1843, conviene distinguir las no solo por su objeto sino también por los escenarios en que tuvieron

1 Para detalles sobre las ediciones de las *Obras* de Sarmiento, ver Cabo y Nijensohn 2011.

lugar (la prensa periódica en 1842, la institución universitaria y la prensa en 1843)².

Al presentarla como polémica, Montt da por buena la idea de que Bello quería discutir con Sarmiento, cuando en realidad parece evitar la confrontación, mientras que el sanjuanino puja por entrar en ella como modo de reconocimiento intelectual. Su primer artículo es la presentación de un trabajo sin firma, “Ejercicios populares de lengua castellana”, de Pedro Fernández Garfias, quien identifica usos novedosos de la lengua contrarios a la norma peninsular, que el sanjuanino recibe con entusiasmo. Ahora bien, como observa Fernando Alfón, mientras el artículo de Garfias es básicamente un vocabulario, Sarmiento convierte el argumento lexicográfico en político, al predicar la soberanía del pueblo sobre la lengua y criticar a los gramáticos: “La soberanía del pueblo tiene todo su valor i su predominio en el idioma; los gramáticos son como el senado conservador, creado para resistir a los embates populares, para conservar la rutina i las tradiciones” (I, 209). Reivindicar el uso popular tiene entonces un doble contenido político: lo hace frente al conservadorismo local y frente a la norma española, formada por los escritores que sí toman de su pueblo los “giros o modismos”. La gramática y las formas correctas que el Estado chileno busca imponer con campañas de alfabetización y la creación de la Universidad ese mismo año cercan, según el cuyano, la imaginación de los individuos y de todo el pueblo.

Sarmiento recibe tres respuestas en el mismo periódico, el *Mercurio* de Valparaíso; las dos primeras, firmadas con seudónimo (Un Recoleta y T.R.E.S.), el 1ro y el 3 de mayo, que critican el contenido lexicográfico de los “Ejercicios...”, a las que responde con un artículo breve el 7. Pero unos días después, el 12 de mayo, se publica un artículo más largo, con el mismo título, “Ejercicios populares de lengua castellana”, firmado por “Un quídam”, es decir, una persona indeterminada, de la que se ignora todo. Esa respuesta, informa el editor Luis Montt, fue escrita por Andrés Bello. Hijo de Manuel Montt, presidente de Chile en la década del 50 y amigo de Sarmiento y Bello, es la única fuente que tenemos sobre la posible identidad del quídam. Montt no solo da estos detalles, sino que en una larga nota al pie, que ocupa once páginas, reproduce la nota atribuida a Bello, “por no aparecer en sus obras” (249)³.

Sarmiento publica la “Contestación a un quídam” el 19 de mayo y una más dura “Segunda

2 Ver por ejemplo Alfón 2011, quien distingue las dos polémicas a la hora de referirlas con excelente grado de detalle, pero luego las analiza en continuidad.

3 Este texto, en efecto, no está en la selección preparada por el propio Bello *Opúsculos literarios y críticos, publicados en diversos periódicos desde el año 1834 hasta 1849* ni en las *Obras* editadas entre 1881 y 1893 en Chile. Aparece atribuido a Bello en las *Obras* de Sarmiento y en varias compilaciones de los textos polémicos: *Sarmiento en el destierro*, compilada por Armando Donoso en 1927 (M. Gleizer Editor), *Prosas de ver y pensar*, realizada por Eduardo Mallea en 1943 (Emecé) y *La controversia filológica* de 1842, a cargo de Norberto Pinilla (1945). En 1956, una comisión editora preparó en Caracas una nueva versión de las *Obras completas* de Andrés Bello, formada por Rafael Caldera (director), Pedro Grases (secretario), Augusto Mijares, Enrique Planchart y Julio Planchart. En el tomo 9, *Temas de crítica literaria*, aparece el artículo firmado por “Un quídam”, tomado de la compilación de Pinilla, quien a su vez... lo recoge de las *Obras* de Sarmiento editadas por Montt.

contestación a un quidan” [sic] el 22 de mayo; pero Bello ya no contestaría, sino que lo harían, nuevamente según Montt, dos discípulos, con la firma “Otro quidam” (27 de mayo), sin firma (28 de mayo) y “Un quidam” (6 de junio). Sarmiento, a su vez, responde con “El comunicado del otro quídan” (3 de junio) y “Los redactores al otro quidam” (5 de junio). Montt incluye, además, en su edición de esa “Primera polémica literaria”, tres textos más alusivos, en los que reseña un libro francés y compone un artículo casi exclusivamente con citas de Mariano José Larra, cuyo comentario dejo para otra ocasión, para centrarme en los textos que, al dirigirse a un destinatario concreto, buscan la polémica de modo explícito.

2. El joven escritor y el gramático que no cabe

Sarmiento arma una oposición: pueblo soberano/lengua popular versus Estado/gramática, poniendo la libertad y el progreso en el primer par y el conservadorismo y la represión en el segundo. Desde ya que él se sitúa del lado “de los buenos”: “[los gramáticos] son, a nuestro juicio, si nos perdonan la mala palabra, el partido retrógrado, estacionario, de la clase habladora” (200). Bello, en su única respuesta, señala esa apropiación : está bien atribuir “a la soberanía del pueblo todo su predominio en el lenguaje”, pero Sarmiento y los argentinos en general, infectados de galicismos, no lo son: “ese pueblo que invoca no es el que introduce extranjerismos”. Sarmiento confunde al pueblo con sus intérpretes, se disfraza de pueblo y en verdad imita a Francia. De ahí la necesidad de gramáticos que, superiores en conocimiento al pueblo, guarden su tradición; acepta, de algún modo, la acusación de autoritarismo gramatical y su desplazamiento de la lengua a la política, pues afirma que “En las lenguas como en la política, es indispensable que haya un cuerpo de sabios, que así dicte leyes convenientes a sus necesidades (...) y no sería menos ridículo confiar al pueblo la decisión de sus leyes, que autorizarle en la formación del idioma”.

Sarmiento, en su “Contestación a un quidam”, acepta el reclamo y reivindica la renovación idiomática a través de la imitación del lenguas extranjeras, como había hecho Alberdi en el *Fragmento preliminar al estudio del derecho*, sobre la base de la adecuación lengua y pensamiento, dado que el castellano ya no puede decir las ideas del presente: “la antigua pureza del castellano se ve empañada desde que él ha consentido en dejar de ser el intérprete de las ideas de que viven hoy los mismos pueblos españoles” (215). Como señala Rafael Mondragón, “el argentino logra algo que muy poca gente había logrado: hace enojar a Andrés Bello” (19), quien delega, si hemos de creer a Montt, la respuesta en sus discípulos, aunque “defendiendo a su maestro con abundancia de citas y de testos, en los que se ve la mano de éste” (257). Bello es para entonces el erudito por excelencia: dirige la Universidad de Chile, ha publicado varios libros y prepara el Código Civil chileno. En su respuesta, remite a la historia, la filología y la literatura. Sarmiento, en cambio, señala que “en estas

cuestiones, como en muchas otras, apelamos a nuestras propias deducciones” (214). Es el “joven hereje”, en términos de Pierre Bourdieu, que se sitúa en el campo cultural a fuerza de cascotear el rancho de las instituciones culturales chilenas, menos endeble tal vez que en el resto de América pero aun así todavía en formación. Por eso su principal activo es la libertad a la hora de escribir, única forma de ser creativo. “arrojando al público una improvisación sin arte, sin reglas, hija sola de profundas convicciones, logramos llamar la atención de algunos, I sentándonos en la prensa periódica estamos diariamente degradando el idioma, introduciendo galicismos; pero al mismo tiempo ocupándonos de los intereses del público, dirigiéndole la palabra, aclarando cuestiones, escitándolo al progreso” (222).

Al referirse a Bello como “nuestro antagonista” (220), Sarmiento se está poniendo a su altura y haciéndose un lugar en ese medio cultural. Pero Bello cae solo una vez en la trampa. Como ya señalé, no vuelve a responder, aunque Sarmiento insiste unos días después y se ve obligado a subir la apuesta: pasa de la argumentación al ataque personal. Citando la defensa del “cuerpo de sabios” que, en las leyes como en el idioma, debe guiar al pueblo, releva el aristocratismo del erudito: “nos hemos quedando largo rato con la pluma en la mano recapacitando si es cierto que lo último se ha escrito en una república donde el dogma de la soberanía del pueblo es la base de todas las instituciones i de donde emanan las leyes i el gobierno” (218-219). Como Chile es una república, Sarmiento reclama ser juzgado por las obras y no por los títulos; no importa que le digan advenedizo, “salido de la oscuridad de una provincia”: él es “el verdadero *quidam*, que no ha obtenido los honores del colejio, ni ha saludado a la gramática” (222).

De la democracia a la demagogia: el argumento se extrema y parece que en el igualitarismo cultural que predica no hay lugar para grandes talentos. Menos radical que Witold Gombrowicz un siglo después, quien, según una anécdota varias veces repetida, al ser interrogado por cómo consolidar la literatura argentina sugirió matar a Borges, Sarmiento propone el destierro “de un gran literario que vive entre nosotros, sin otro motivo que serlo demasiado i haber profundizado más allá de lo que nuestra naciente civilización exige, los arcanos del idioma” (223). Bello, el aludido, es tan grande que no cabe en un medio cultural todavía en formación. Evitar el nombre propio, como señala Julio Schvartzman respecto de la discusión entre Sartre y Camus, es una de las formas del insulto; negarse a responder, otra.

3. Las armas de la polémica

No puedo hacer aquí un recorrido de las diversos recursos utilizados para desprestigiar el argumento rival; algunos ya se los señalé (*argumentum ad populum*, aludir sin nombrar, *ad personam*) y otros podrían recuperarse (ironía, retorsión, señalar la contradicción, *distinctio*). El

texto de Bello es ordenado y avanza en sus argumentos con la solidez de la organización retórica clásica: exordio, narración, argumentación y peroración). El de Sarmiento, como referí, avanza al acaso, exhibiendo su desorden y haciendo un elogio de él. Quiero detenerme en un recurso particular, llamado a veces *paradiástole*, la inversión del valor de una calificación (“sí, soy amarrete, si pensar en el futuro de mi familia, si no desperdiciar lo que otros no tienen, si ahorrar y ser previsor es ser tacaño, pues soy amarrete”). Sarmiento vuelve sobre los insultos del rival, se los apropia y los convierte en elogio. Así, acepta la acusación de galicismo, pues el castellano más puro no puede expresar las ideas del presente, acepta incluso insultos que Bello no ha dicho y él imagina, como los de advenedizo y provinciano para presentarse como un “hijo de sus obras”. Sobre todo, si Bello ha escrito que “los redactores del Mercurio” “se muestran tan licenciosamente populares en cuanto lo que debe ser el lenguaje” (250), Sarmiento retruca “vamos por buen camino cuando hemos querido mostrarnos tan *licenciosamente populares* en materia de lenguaje” (214). “Con demasiada licencia y liberalidad” es la definición de licenciosamente en los diccionarios de la época (RAE, Salvá, Núñez de Taboada); el término tiene una connotación moral, específicamente sexual (viene del *licenter* latino), pero también poética: las *licencias* son recursos en la producción literaria, que Bello parece no tolerar y Sarmiento exagera. Como insiste más de una vez, sin libertad no hay creación.

4. Cuatro

La “polémica sobre la lengua” sería sin dudas una escaramuza menor de la historia de la prensa si su protagonista principal fuese otro. Bello, como señalé, no recoge el texto que se le atribuye en sus libros, así que de no mediar la recuperación de Montt tampoco tendríamos noticias de él. Pero en ella, a la vez que quedamos atrapados en el efecto de lectura buscado por Sarmiento al ver ahí la contraposición entre un “escritor pegado a la vida” y “el guardián de la forma”, podemos así mismo ver la voz de Bello en Sarmiento, como la de Sarmiento en Bello: si para completar la obra del venezolano tenemos que leer una nota al pie en la del argentino, para entender el funcionamiento de esa máquina polémica que será a partir de entonces Sarmiento podemos imaginar un aprendizaje de su maestro a la fuerza en cuestiones retóricas. Bello ha usado el mismo recurso de la *paradiástole* al invertir el par gramáticos/senado conservadores y los convirtió en un “cuerpo de sabios”; *no la autoridad de la institución, sino la del saber*. Al postular la trabajosa meritocracia republicana de “A cada uno según sus obras”, Sarmiento está replicando la fórmula ideológica de su rival.

Unos años después, en una polémica más famosa, más larga y más hostil, como ha observado Adriana Amante, Sarmiento acusará a un Alberdi que se precia de ser “el primer exiliado

de Rosas” de ser también “el primer desertor del sitio de Montevideo”. Guerrillero de la pluma, como lo apostrofa el tucumano, el aprendizaje en escaramuzas menores de la prensa periódica chilena formó los hábitos y las destrezas del autor sanjuanino.

Bibliografía

- Alfón, Fernando. *La querrela de la lengua (1828-1928)*. Tesis doctoral presentada en la Facultad de Humanidades de la Universidad Nacional de La Plata en 2011. Disponible en http://sedici.unlp.edu.ar/bitstream/handle/10915/20882/Documento_completo_.pdf?sequence=1
- Amante, Adriana. *Poéticas y políticas del destierro*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2014.
- Bello, Andrés. *Opúsculos literarios y críticos publicados en diversos periódicos desde el año 1834 hasta 1849*. Santiago de Chile: Imprenta Chilena, 1850.
----- *Obras*. Santiago de Chile: Imprenta Pedro G. Ramírez, 1881-1893. 15 volúmenes.
----- *Temas de crítica literaria*. Tomo 9 de *Obras completas*. Caracas: Ministerio de Educación, 1956.
- Cabo, Josefina y Camila Nijensohn. “Bibliografía”. En Amante, Adriana (dir. de vol.). *Sarmiento*. Tomo 4 de Jitrik, Noé (dir. de la col.). *Historia crítica de la literatura argentina*. Buenos Aires: Emecé, 2011.
- Mondragón, Rafael. “Gramática y revolución. Un comentario a la polémica filológica de 1842”. En Gómez Álvarez, Cristina, Josefina Mac Gregor y Mariana Ozuna Castañeda (coords.). *1810, 1910. Reflexiones sobre dos procesos históricos*. México: Facultad de Filosofía y Letras-UNAM, 2010.
- Pinilla, Norberto (comp.). *La controversia filológica de 1842*. Santiago de Chile: Universidad de Chile, 1945.
- Ramos, Julio. *Desencuentros de la modernidad en América Latina. Literatura y política en el siglo XIX*. México: Fondo de Cultura Económica, 1989.
- Sarmiento, Domingo F. *Artículos críticos i literarios 1841-1842*. Tomo 1 de *Obras*. Santiago de Chile: Imprenta Gutenberg, 1887.
----- *Sarmiento en el destierro*. Buenos Aires: M. Gleizer, 1927.
----- *Prosas de ver y pensar*. Buenos Aires: Emecé, 1943.
- Schwartzman, Julio. “Catorce tesis sobre la polémica”. *Patrimônio e Memória* 13:2, 2017.